

ct

El trono

de
Alejandro Nieto

(fragmento en castellano)

El Olimpo, hogar de los dioses. Sala del trono. ZEUS se encuentra sentado en su trono, HERA se sitúa a su izquierda y ATENEA a la derecha. Para sorpresa de los presentes, entra HEFESTO, encorvado y cojeando de un pie, cargando con un trono a sus espaldas.

ATENEA

Alto en nombre del todopoderoso Zeus, el *Olimpio*, descendiente de titanes y rey de todos los dioses. ¿Quién osa irrumpir en la sala del trono sin el consentimiento del gran portador del rayo?

HEFESTO

(Inclinándose.) Me conocéis, aunque nunca hayáis contemplado mi rostro. Mi nombre es Hefesto, fiel herrero al servicio del Olimpo, carente de título y epíteto.

HERA

(A ZEUS.) Desconocía que éste fuera el herrero de los dioses...

ZEUS

¿Y acaso es eso relevante, Hera?

HERA

Como reina, tengo derecho a conocer todas las decisiones que tomáis. Además, ¿es que vais a permitir que este mísero herrero se presente en vuestra corte sin invitación alguna?

ATENEA

¿Qué hace el herrero de los dioses tan lejos de su forja en Lemnos?

HEFESTO

Poderosa Atenea, diosa de la sabiduría, patrona de artesanos, gran campeona; mi visita está bien justificada, pese a no estar anunciada. Porto un obsequio para la ostentosa reina de los dioses, consorte del gran Zeus.

ZEUS

¿Un obsequio?

HEFESTO coloca el trono en el centro de la sala y realiza una reverencia ante HERA.

ATENEA

No se os solicitó obsequio alguno.

HEFESTO

Este obsequio no se hace en nombre de nadie que no sea el mío propio. *(A HERA.)* Púdica Hera, consorte de Zeus y reina de los dioses; haced el honor a vuestro modesto siervo y sentaos en este trono, esculpido por mis propias manos de humilde herrero durante casi dos mil noches, pensando

que algún día gozaríais de él.

ATENEA

No lo considero sensato.

HERA

Guardad, silencio, Atenea. Seréis la hija predilecta de Zeus, mas no olvidéis que yo continúo siendo vuestra reina.

ZEUS

(A ATENEA.) ¿Pensáis que debemos desconfiar, hija mía?

ATENEA

Es lo que debería hacer un observador astuto. A menudo, esta clase de obsequios no se realizan de forma desinteresada.

HERA

Mas, ¿qué os motiva a entregarme semejante presente?

HEFESTO

No puedo negaros mis intenciones. Debo confesaros que conozco la relación que nos une desde mi nacimiento. Deseoso de honraros como me corresponde, decidí construeros un trono que ensalzara vuestra gloria.

HERA se adelanta hacia el trono.

ZEUS

Mucho os quejáis, mas parece ser que vos también me negáis mi derecho a conocer las decisiones que tomáis.

HERA

No os merecéis saber ciertas cosas.

ZEUS

No os preocupéis, nunca os he necesitado para saber lo que ocurre dentro de mis dominios.

HEFESTO

(*Agarrando la mano de HERA.*) No sabéis cuán feliz me hacéis con este simple gesto. Demasiado tiempo he esperado este momento, madre.

HERA

(*Retirando la mano.*) Gran Zeus, deseo que contempléis la diferencia entre vuestros hijos (*Señala a ATENEA.*) y los míos (*Señala a HEFESTO.*) Los vuestros son desconfiados y pérfidos, son el fruto envenenado de un árbol podrido. En cambio, como podéis ver, los míos son leales, humildes, grandes sufridores en silencio. El reino de los dioses y de los mortales se sustenta sobre sus espaldas. (A HEFESTO.) Merecido obsequio me concedéis, os haré pues el honor de sentarme en el trono que me habéis forjado.

HERA se sienta el trono. HEFESTO ríe triunfante mientras HERA se percata de que no puede levantarse del trono.

HERA

¿¿Qué embrujo es este?!

ZEUS

¿Qué os ocurre, Hera?

HERA

No puedo levantarme.

ATENEA

El obsequio escondía una trampa, tal y como sospechaba.

HERA

Rata mentirosa, ¿qué me habéis hecho?

HEFESTO

(Sosteniendo el rostro de HERA con una de sus manos.) No os he mentado en ningún solo momento. Llevo demasiado tiempo esperando para ver culminada mi venganza, anhelando un resarcimiento por esta condena, por esta eternidad de dolor. Contempladme vos a mí. Si yo debo pasarme el resto de mi existencia como aberración repudiada, vos la pasaréis atada a este trono, que os servirá de prisión.

HERA

Debí asegurarme de que vuestro destino fuera mucho más aciago cuando tuve la oportunidad.

ZEUS

Liberadla inmediatamente, Hefesto.

HEFESTO

Ningún ser en los cielos, la tierra o el Inframundo será capaz de desactivar la trampa en la que se halla cautiva la despiadada reina de los dioses, nadie excepto yo mismo. Amenazadme, castigadme, torturadme si lo deseáis, rey de los dioses; mas no existe padecimiento que me podáis infligir mayor que el que me ha conducido a culminar mi venganza.

HEFESTO hace el amago de abandonar la sala del trono, pero se detiene al oír la voz de ATENEA.

ATENEA

¿Abandonáis ya el Olimpo, Hefesto?

HEFESTO

Concluida la venganza, no existe motivo para permanecer entre quienes me contemplan con asco y desprecio. Regreso pues a mi forja en Lemnos, a cumplir con mis cometidos.

ATENEA

¿Mas es eso lo que realmente deseáis? Por lo que parece, sois el hijo de Hera, la reina de los dioses. De cualquier forma que se considere el asunto, Hefesto, vos sois también un dios y, por tanto, tenéis derecho a habitar en el Olimpo junto con vuestros iguales.

HERA

Mas, ¿qué decís, Atenea? ¿Qué traición es esta?

HEFESTO

Percibo vuestras intenciones, pensáis que podéis camelarme ofreciéndome un lugar entre vosotros. No podéis comprarme con tal nimiedad, lo rechazo.

ATENEA

No puedo regatear con lo que os pertenece como derecho inalienable, derivado de vuestra condición misma de dios. Aprovecho esta aciaga ocasión para enmendar un error que jamás debería haber ocurrido. ¿No es así, padre?

ZEUS dirige una mirada a Atenea y guarda silencio.

ZEUS

Conocida es la hospitalidad que deben los mortales a sus invitados si no desean deshonrarme. No puedo hacer yo menos. Atenea habla con acierto, os corresponde un lugar en el Olimpo.

HERA

¿Cómo puede permitir el rey de los dioses que un extraño aparezca en su hogar y deshonre a su esposa? ¿Permitirá Zeus que tamaña injusticia se perpetre en el corazón de su reino?

ZEUS

Callad, Hera. Mi voluntad ha sido establecida. Ya no tenéis ni voz ni voto en este asunto.

HEFESTO

Jamás la liberaré.

ATENEA

No os lo he pedido, Hefesto. Simplemente ocupad el lugar que os corresponde entre nosotros, instalad vuestra forja en el Olimpo.

HEFESTO

Aún tengo labores pendientes en Lemnos.

ATENEA

Id a completarlas pues. No obstante, pasad al menos esta noche en el Olimpo y así conoceréis por fin los placeres que os habían sido vedados a causa de los odiosos secretos de la reina de los dioses.

HERA

¡Pérfida Atenea, que la desgracia se cierne sobre vos por abandonar a la esposa de vuestro padre!
¡Es el vuestro un acto de la más malévola traición!

ATENEA

(A HEFESTO.) Así, al menos, gozaréis una noche más del placer de la venganza que tanto os ha costado tramar.

Silencio.

HEFESTO

Una noche, pues. No sé qué tramáis, Atenea, mas tened por seguro que al amanecer partiré hacia mi forja y mi madre continuará sentada en ese trono para el resto de la eternidad.

HEFESTO abandona la sala y se adentra a otras estancias del Olimpo.

ZEUS

¿Qué habéis hecho, Atenea?

ATENEA

Darnos el tiempo que necesitamos, padre. El corazón de los dioses no es tan diferente al de los hombres. Hasta las heridas más profundas pueden cicatrizar ante las recompensas adecuadas, o al menos pueden quedar relegadas a un segundo plano. Sólo necesitamos averiguar cómo funcionan los resortes del corazón del herrero.